

## HUIDA A VERA DEL POETA SOTOMAYOR

PEDRO PERALES LARIOS  
*Doctor en Filología Románica*

*«Es mi deseo que se me entierre en horas de la madrugada, a la venida del día, para que no vayan tras de mi cadáver los que me zahirieron y mortificaron sin un halago en la vida, por el solo delito de haber sido el poeta que más ha cantado la tierra de su cuna»<sup>1</sup>.*

*«Ya no pude resistir por más tiempo la permanencia en este pueblo en el que ya me eran hostiles hasta los que tuve siempre como afectos y concebí el proyecto de abandonarlo para siempre»<sup>2</sup>.*

### UNA «PESADA CARGA» PARA SOTOMAYOR

Corría el año 1945 cuando Sotomayor dejaba escritas en sus Memorias las palabras de dan cuerpo a la segunda de las citas que preceden, y el año 1947 cuando redactaba el testamento del que forma parte la primera. Sólo han transcurrido dos años, pero dos años de intensa y profunda reflexión, ya que durante ellos escribe la mayor parte de las páginas de sus Memorias. Dos años durante los que la decisión de abandonar su pueblo y la opinión que se ha forjado de sus paisanos han permanecido inmutables. Pero ¿qué llevó al poeta a adoptar las actitudes recogidas en ambas frases?

Voy a intentar en el presente artículo ofrecer al lector de la forma más breve que me sea posible el cúmulo de circunstancias que dieron como resultado la huida a Vera del poeta de Cuevas, tal y como él lo expresa en sus Memorias, pero es necesario previamente dejar constancia de que para casi la totalidad de la sociedad de su época la vida y la obra de este escritor fue una auténtica paradoja o contradicción<sup>3</sup>. Él, que -como veremos- lamenta

constantemente el trato que recibió, no parece ser consciente de que éste fue una consecuencia lógica de esa contradicción, la cual -desde la perspectiva de los estudios- ha podido encontrar explicación, aunque no justificación, partiendo de que con demasiada frecuencia el natural espíritu de las más bajas pasiones del ser humano encuentra su coartada en aquello en que según las circunstancias le es más cómodo buscarla, de modo que lo que es bueno en una situación puede ser la causa de que esos bajos instintos encuentren su fundamento para dar rienda suelta a sus primarias ansias de «justicia».

Quien lea las Memorias comprobará que Sotomayor vivió y murió convencido de haber sido un propietario justo con los campesinos que trabajaron sus tierras, y de haber sido el poeta que más ha cantado a la tierra de su cuna, a la que, al igual que a los campesinos, manifiesta profesar un intenso amor. Como contrapartida creyó merecer en ambos aspectos un tratamiento del que nunca se sintió objeto. Sus Memorias son un constante lamentamiento en este sentido.

Sotomayor siempre se sintió incomprendido -y constantemente así lo manifiesta- por sus paisanos, quienes pensaban de él que era poseedor de una «pingüe fortuna», siempre mayor a la que él en realidad confiesa poseer, y en honor a la verdad hay que decir que, sin llegar a ser un hombre rico, vivió en una situación económica desahogada para su época, situación que le fue proporcionada por las tierras que poseía.

Otra idea que nunca aceptó es la de ser un «propietario que explotó a los campesinos en su propio beneficio». Aún actualmente sigue tácitamente aceptada la idea de que Sotomayor vivía del producto de la tierra a través del trabajo de los labradores como jornaleros suyos; y nada más lejos de la realidad. Sotomayor vivía de las fincas (siempre de pequeñas dimensiones) que poseía, pero lo hizo

<sup>1</sup> Testamento de 1947.

<sup>2</sup> Memorias, pág. 185

<sup>3</sup> Para profundizar en la vida y obra de Sotomayor, véase PERALES LARIOS, P.: *Álvarez de Sotomayor, poeta del campo y la opresión*. Cajalmería, Almería, 1987. Asimismo, para hacerlo en el pensamiento ideológico del poeta y su evolución, véase FERNÁNDEZ BOLEA, E.: «Perfil ideológico de Álvarez de Sotomayor», en *Estudios sobre Sotomayor y su obra*. Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora, 1998.





Perfil del poeta en la época de su huida a Vera.  
Dibujo a plumilla de José Ballestrín

mediante el sistema de arrendamiento y no el de explotación directa. Y en este aspecto no hay conocimiento de que fuera un propietario explotador e inflexible ante las penurias de los campesinos cuando las desgracias naturales no les permitían recoger el fruto de su trabajo, sino todo lo contrario.

Lamenta también constantemente que se le recrimine ser un autor que refleja en sus obras sentimientos contrarios a los que en realidad él manifiesta poseer, al ser sus versos una auténtica defensa idealizada de los campesinos como portadores de los valores más nobles del ser humano. Es muy probable que quien profundice en la vida y obra de este poeta, llegue al convencimiento de que ideológicamente el hombre coincide con su defensa literaria del campesino y no necesariamente tiene su obra que representar de forma absoluta una paradoja con respecto a su vida.

No es el momento de profundizar ni extenderse más en aspectos que merecen y necesitan por sí mismos tratamiento individualizado. Pero sirvan las anteriores palabras como resumen y presenta-

ción de unos sentimientos muy arraigados y que fueron una pesada carga que nuestro escritor hubo de arrastrar hasta su muerte, convencido de que nunca fue merecedor de la misma, y pasemos ya a la narración de las circunstancias que lo llevaron a vivir una de las situaciones más controvertidas de su vida: su huida a Vera.

#### SUFRIMIENTO Y ESCARNIO PÚBLICO

La producción literaria de Sotomayor, nacida para el público lector en 1913, se compone hasta el año 1936 de siete libros editados, cuatro de poesía y tres de teatro, más otros dos dramas que no llegaron a editarse y otras muchas composiciones que fueron apareciendo sueltas en periódicos y revistas de la época con los que el poeta solía colaborar.

Sin tener en cuenta el último de estos libros, *Campanario*, colección de poemas aparecida en 1935, todos los demás son de contenido de índole social. En ellos los protagonistas son los campesinos en su lucha diaria por arrancar a la tierra el sustento para los suyos, en contra no sólo de las adversidades naturales sino también del amo cruel y explotador. Al mismo tiempo son estos libros un canto de alabanza a la vida del campo y son también los guardianes de unos modos de vida, lengua, cultura y costumbres llamados a morir con la desaparición de sus protagonistas, los campesinos.

Es importante tener en cuenta este dato para comprender mejor las vicisitudes por las que atravesó el poeta tras la guerra civil, cuyo estallido lo sorprendió haciendo los preparativos para marchar a Garrucha, donde poseía una casa de veraneo.

Ya en este pueblo, es llamado por el comité popular de Cuevas, de donde de nuevo marcha a Garrucha tras hacer una derrama de cuatro mil pesetas (confiesa en sus Memorias que se le hizo pagar como si fuera el más rico de todos los cuevanos). Poco después se le vuelve a llamar con el mismo fin, siendo esta vez la contribución mil pesetas más que la anterior.

Vuelve a Cuevas la semana siguiente para hacer un expurgo en su archivo por miedo a que le suceda lo mismo que a su primo hermano Augusto Párraga, al que profesa un gran afecto desde la infancia y al que, según se comenta, han encontrado unos documentos comprometedores en su casa. Al volver a Garrucha, los milicianos de Cuevas detienen, un poco antes de los Silos, el autocar en el que viajan él y su hermana Ana Manuela. Confiesa Sotomayor que creyó haberle llegado la hora de la



muerte, pero el jefe del grupo de milicianos lo dejó partir con la promesa de que volvería al día siguiente para presentarse ante el comité popular, promesa que cumplió el poeta y que le hizo estar durante cuatro días yendo y viniendo a presentarse hasta pagar un rescate con todo el dinero que tenía en el banco, más mil quinientas pesetas de su hijo y otras quinientas que había puesto en una cartilla a su nieta como regalo de primera comunión. Relata Sotomayor que en esta ocasión un grupo de milicianos de otra localidad intentó llevárselo para matarlo, pero lo impidieron los de Cuevas<sup>4</sup>.

Ya de regreso definitivo en su pueblo tras el verano, a primeros de noviembre, un grupo de milicianos viene a buscarlo varias veces a su casa. Él se esconde, pero amenazan con llevarse a su hijo. Decide fingirse enfermo, y al comprobar que no servía el pretexto, les recita algunos de sus poemas de carácter social. Los milicianos se emocionan y lo perdonan. A pesar de ello el mal trago había dejado su huella, la angustia es tremenda ya que nuevamente llegó a estar convencido de que venían dispuestos a matarlo.

Un tiempo después corre la voz de que ha llegado a la costa de Palomares el crucero Canarias. A él lo llevan preso al Castillo, mientras su mujer pide ayuda por el pueblo, en el que encuentra cerradas todas las puertas. Unas horas después lo dejan en libertad al ser la noticia del Canarias una falsa alarma. Pero al volver a su casa encuentran a su hijo en medio de un vómito de sangre producto de la impresión que le causó ver cómo se lo llevaban detenido. Creen que el hijo va a morir y nuevamente viven angustiados hasta que se recupera.

No han superado aún el susto anterior cuando de nuevo la zozobra llama a la puerta de los Sotomayor. Se ha acantonado en Cuevas el batallón Floreal, cuyos líderes buscan al poeta y lo llevan a su cuartel. Afortunadamente sólo quieren de él que les escriba unos versos dándoles la bienvenida a los jóvenes que integran el batallón. Accede a ello lejos de pensar que estos versos serían motivo de nuevo disgusto en el futuro.

El 20 de septiembre de 1937 detienen a cincuenta y dos personas del pueblo, entre las que estaban él y su hijo. El 29 los conducen a Almería, donde tras varios días de interrogatorios y sin apenas alimentos, los conducen a la prisión del Inge-

<sup>4</sup> Es oportuno apuntar que en todo momento manifiesta Sotomayor en sus Memorias cierto agradecimiento a los milicianos de Cuevas, quienes siempre le proporcionaron, con muy raras excepciones, un trato afable y respetuoso.



Portada de *Los Caballeros del Campo*, publicada en Madrid en 1944. Algunas de las composiciones que integran este poemario se concibieron durante su estancia en Vera

nio, en la que permaneció aproximadamente diez días y de la que salió afortunadamente sin haber sido objeto de maltrato. Tres o cuatro días después que él, fue puesto en libertad su hijo.

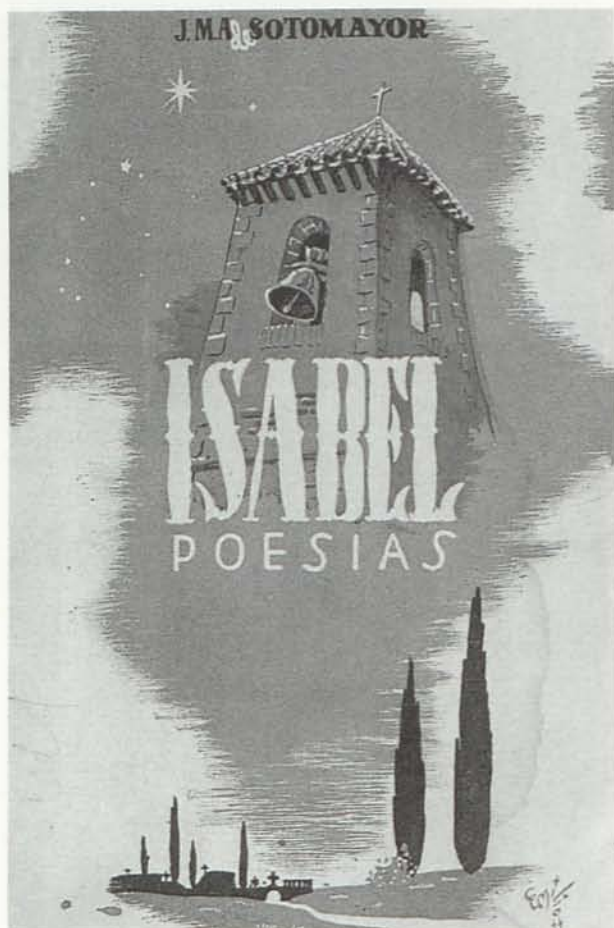
En una ocasión posterior, un guarda de asalto lo detuvo caprichosamente y lo encarceló cuando se encontraba en la placeta del casino, pero sólo duró unas horas.

Todos estos acontecimientos hacían que el poeta, hombre de espíritu sensible y un tanto asustadizo, viviera, junto a su familia, en estado de constante angustia y zozobra.

Pero a pesar de todo ello, piensa Sotomayor que debió tener algún protector cuya identidad nunca averiguó y que tal circunstancia debió ser conocida por los milicianos de Cuevas. De ahí que a partir de este momento lo dejaran en paz, pero no así a su hijo, a quien detuvieron dos veces más, con el consiguiente miedo de la familia.

Por todo ello y con el fin de apartar al hijo del peligro accede a regentar una escuela en Rambla





Portada de *Isabel*, nombre de la que fue primera esposa del poeta hasta su muerte el 20 de diciembre de 1938. Muchos de los poemas allí reunidos fueron compuestos en la etapa veratense

Aljibe, pedanía de Lubrín, lo que comienza en el mes de mayo de 1938 y concluye unos meses después para regresar a Cuevas por enfermedad de su esposa, que muere el 20 de diciembre.

Pero esa paz que comenzó a disfrutar tras la salida de la prisión del Ingenio sólo duró hasta el final de la guerra, tras la cual comenzó a vivir un nuevo calvario que él no había podido ni sospechar en los momentos en que ansiaba con todas sus fuerzas la conclusión de la contienda. De ahí que afirme lo siguiente de este nuevo periodo: «*No podía yo esperar que la mala fe y el encono de mis desafectos y malquerientes llegara a seguir haciéndome blanco de sus injusticias, siquiera en respeto al dolor de los horrores pasado*».

Y así, al día siguiente de finalizar la guerra un grupo de jóvenes hicieron del él objeto de escarnio en su propia casa, intentando cortarle el pelo a la manera de Mussolini. Poco después se ve obligado a apuntarse en la lista de los contribuyentes a Falange con una cantidad acorde a su «pingüe fortuna», más una cantidad mensual para la llamada fi-

cha azul, con el propósito de que los falangistas, que lo consideran un autor «rojo» por su obra de índole social, no vean en él a un desafecto a su causa.

Confiesa el poeta que una de las cosas que más le hizo sufrir en este periodo fue la «leyenda negra» que sobre él se creó haciendo creer a su primo hermano Augusto Párraga y a su familia que, durante uno de sus encarcelamientos en el castillo, él había manifestado a un miliciano importante que su primo había hecho delito para que lo fusilaran. Sotomayor afirma que lo que hizo en realidad fue mediar para que lo dejaran en libertad. Pero ni su primo ni su familia lo creyeron y nunca más volvieron a tener relación. También le dolió que no ayudara a desmentir este infundio su primo Carlos García Alix, quien, según él, conocía la verdad: «*¡Cómo desear nada malo para mi primo hermano, a quien quería y jamás me había hecho daño alguno! [...] Era la confabulación de todos los elementos que me son hostiles, aprovechando la oportunidad de esta ola de enconos y de odios que trajo la liberación, ¡cuando yo creí que acabada la catástrofe habríamos de abrazarnos los que habíamos sufrido al encontrarnos en las calles, en la alegría de la paz tan deseada!*».

En una ocasión se le denunció por no permanecer en su balcón con el brazo levantado durante la ceremonia de arriar bandera en Capitanía, que estaba en su misma calle, y él tuvo que comparecer y defenderse con una mentira, diciéndoles a las autoridades correspondientes que había tenido que abandonar el balcón por una causa de fuerza mayor.

En otra ocasión fue denunciado y juzgado su hijo por vender tres celemines de maíz especial para simiente al precio de doce pesetas (cantidad que superaba la tasa), cuando, según él, todo el mundo lo hacía a un precio mucho más caro. Su hijo estuvo en prisión casi tres meses y tuvo que pagar una multa de quinientas pesetas. Lamenta Sotomayor que al recoger la cosecha tuviera que venderla a precio de tasa, no costeándose ni los gastos del riego, mientras los demás la vendía al triple o más del precio establecido, lo que —según él— hacía más grande tal «injusticia».

Aquellos versos, compuestos por obligación para dar la bienvenida a los jóvenes del batallón Floreal, fueron ahora motivo para una nueva comparecencia, en esta ocasión ante el juez militar, a quien tuvo que demostrar la nula calidad literaria de los mismos y la superficialidad de un contenido



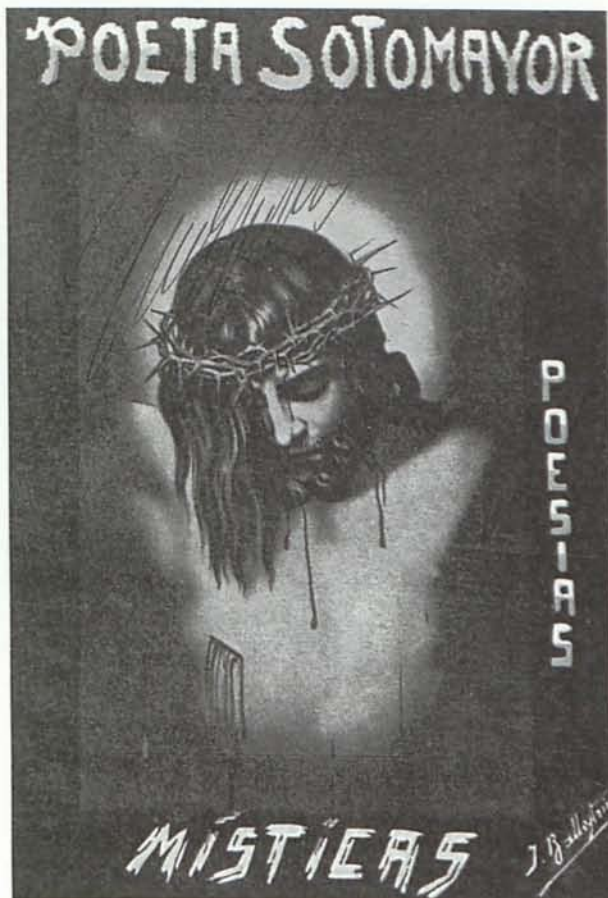
con el que se limitaba «a dar la bienvenida a unos jóvenes que eran la representación de todas las juventudes de España».

Algo muy doloroso para Sotomayor fue el hecho de que quienes él consideraba grandes amigos suyos y que le debían agradecimiento por diferentes motivos, no hicieron nada por detener la «cencerrada» que se le organizó en su pueblo cuando decidió contraer segundo matrimonio. Se trataba de una costumbre local que se ponía de manifiesto cuando un viudo decidía contraer nuevas nupcias y ya había fijado la fecha para ello.

Un grupo de personas, conocidas o no de los novios, durante todo el mes anterior al día de la boda se reunía a una hora prefijada para realizar una especie de festejo burlesco que, en la mayoría de las ocasiones, sólo servía para mofarse y ridiculizar la voluntad de los contrayentes. El desagradable recuerdo que a Sotomayor le quedó de esta «cencerrada» fue debido, más que al escarnecedor acto en sí, a la organización del mismo y a su realización con el consentimiento de personas apreciadas y consideradas por él como verdaderos amigos, después de haberle éstos prometido y garantizado su colaboración y ejercicio de sus influencias para que el festejo no se llevara a cabo.

Ello hizo que la novia, que había sido muy difícil de convencer para que aceptara el matrimonio, después de haberse negado a ello en varias ocasiones, decidiera no casarse por la vergüenza pasada y que más adelante accediera a hacerlo en un ambiente de secreto casi absoluto. Por otra parte sirvió este incidente para que arraigara más en el poeta la creencia de que las injusticias de la guerra y la posguerra se habían ensañado en él más que en los demás, y pensaba que esto no era otra cosa que «*el fruto de toda la nube de enconados odios desbordándose las pasiones de la manera más cruel a que puede llegar un pueblo cebado en una víctima*».

Otra importante queja recogida por el poeta en sus Memorias fue el completo olvido de que fue objeto en las tertulias y actos culturales (incluso a su amigo Juan Cuadrado se le prohibió recitar por radio en Almería sus versos). Por ello no es de extrañar que tuviera de esta gente «vencedora» la siguiente opinión: «*Un buen día me dijo la esposa de mi amigo Gimeno que para quedar bien y evitarme mayor daño económico debía dar espontáneamente al Estado ¡cuarenta mil! pesetas. En efecto; esta nueva gente parecía ser que traía en su programa el desbalijamiento de los ciudadanos.*»



Publicado en 1946, *Místicas* supuso la última aportación del poeta a nuestra literatura. La ilustración de la portada es obra de José Ballestrín

*Aquello quedó reducido a cinco onzas de oro y doscientos cincuenta duros de plata. ¡Lástima de mis onzas de oro y de mis duros de la República que di torpemente mientras los protegidos compraban a precios irrisorios el ganado mular del ejército, camiones, autos, etc. enriqueciéndose y medrando descaradamente! Porque dicho sea en verdad y justicia, jamás se conoció desenfreno mayor en el sentido de la codicia.*

*Cuando yo creí que todos los ciudadanos habríamos de sacrificarnos por igual en beneficio de la hacienda pública, vi un avispero de enchufes con pingües sueldos en la forma más exagerada hasta aquí conocida. No es posible gente menos romántica. No nos han traído más ideal que el dinero, el dinero y el dinero, pero ¡para ellos solos!»<sup>5</sup>.*

Por ello, cuando regresó a Cuevas después de su estancia en Vera, decidió apartarse definitivamente de todos los ambientes culturales y tertulias de su pueblo, en las que antes había sido invitado imprescindible, y apenas saliera ya de su casa. Incluso postrado en el lecho de muerte les negó la

<sup>5</sup> Memorias, pág. 187





Placa de mármol existente en la casa donde vivió el poeta Sotomayor en Vera durante su autoexilio. (Foto de Emilio Sánchez)

dedicatoria de su último libro a algunos de los que habían sido «amigos suyos».

Y es lógico que así fuera, pues después de pensar que los vencedores iban a favorecerlo, lo que vio fue un trato que él no creía merecer y la falta del reconocimiento que pensaba debía dispensársele. Murió convencido de que no era lo que él había pensado y había deseado. Al final de sus días albergaba en su corazón tal grado de resentimiento que poco antes de su muerte y habiendo recibido ya la extremaunción, se personó en un colegio electoral para emitir un voto negativo en el referéndum convocado por Franco sobre la ley de sucesión, hecho que fue también motivo de escarnio público y de que se destruyera y arrojara en pedazos desde el balcón del Ayuntamiento un retrato suyo que había estado mucho tiempo colgado en el salón de plenos. Pero esto último sucedía, como queda dicho, con posterioridad a su estancia en Vera.

## EL AUTOEXILIO EN VERA

Tras la «cencerrada» y el olvido de que fue objeto ya mencionados, deja escrita en sus Memorias una de las dos frases con que se inicia el presente artículo: «*Ya no pude resistir por más tiempo la permanencia en este pueblo en el que ya me eran hostiles hasta los que tuve siempre como afectos y concebí el proyecto de abandonarlo para siempre*».

Por todo ello confiesa que progresivamente se le había ido haciendo más insoportable la permanencia en Cuevas y decide marcharse para instalar

su domicilio en Vera, situada a cinco kilómetros. Ya hemos visto cómo va dejando constancia en sus Memorias de los múltiples y variados motivos que le indujeron a tomar tal decisión.

Ante tales acontecimientos Sotomayor no puede resistir por más tiempo la permanencia en su pueblo y concibió el proyecto de abandonarlo para siempre, eligiendo Vera «*por el concepto caballeroso que siempre tuve de sus vecinos y por su proximidad a la casa de campo de Aljarilla, donde mi hijo vivía a la sazón*».

Firme en su decisión, con muebles y enseres, el 11 de octubre de 1940, cerró las puertas de su casa y marchó a instalarse a otra en la calle Mayor de Vera, «*con el corazón lleno de amargura por la crueldad con que sistemáticamente fui tratado en la tierra de mis amores, a la que consagré mi alma de poeta y en la que jamás hice sombra ni daño a nadie*». Lamenta Sotomayor que esto se produjera cuando tenía cumplidos los sesenta años, y aún le es más penoso tener que marcharse sin el consuelo de una voz que le dijese «no te vayas».

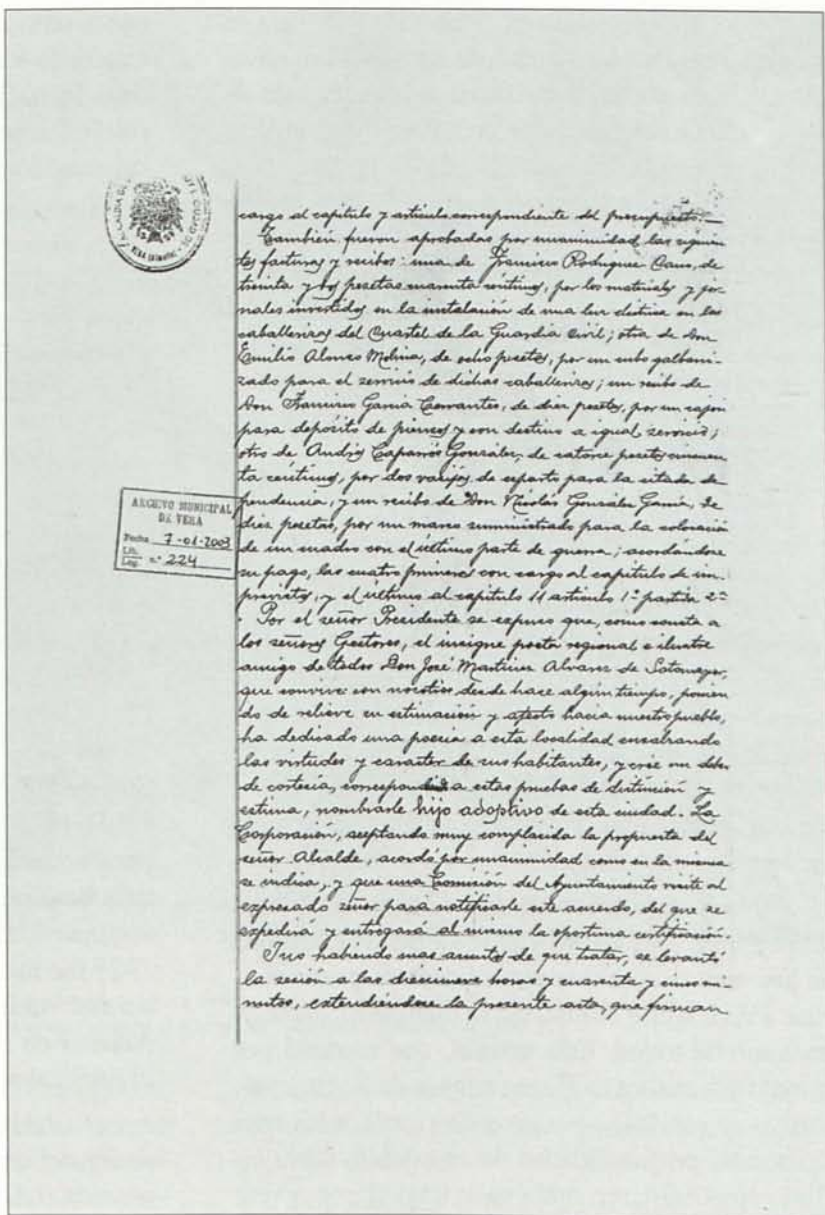
Durante los primeros días de estancia en Vera se resintió su salud, embargada por una nostalgia irresistible que le quitaba el sueño, pero por fortuna fue paulatinamente adaptándose a su nueva situación al verse rodeado de un ambiente acogedor y afable que hacía gratos y tranquilos sus ratos de esparcimiento. Sólo utiliza Sotomayor palabras de encomio y alabanza para hablar tanto de los vecinos de Vera — con los que pronto entabló amistad — como de la afectuosa acogida y trato respetuoso que le dispensaron.



No podía ser de otra forma ya que, cuando más nostálgico se mostraba su espíritu debido a una profunda sed de afectos, ante la delicadeza del trato de aquellas gentes, se sentía acariciado amigablemente por la amabilidad y distinción de que era objeto. Y así, habiendo logrado adaptarse al nuevo ambiente, fueron la tranquilidad y el sosiego las principales notas de su estancia en este pueblo, donde compartía sus ratos de ocio entre las muestras de cariño que advertía durante sus paseos y las tertulias que, a poco de su llegada, se organizaban a diario en su domicilio. A ellas acudían las personas más sobresalientes y de cargos de mayor responsabilidad de la ciudad, siendo lo más destacado de las mismas las partidas de ajedrez y los versos que él recitaba a los contertulios.

Cuando todo lo dicho había adquirido carácter de hábito, la vida de nuestro poeta transcurría tranquila y plácidamente en su apariencia, sólo alterada ocasionalmente por los paseos que, en compañía de su esposa, efectuaba hasta el cortijo de Aljarilla, a cuatro kilómetros de distancia, donde residía la familia de su hijo. Al poco tiempo de encontrarse en tal situación trajo a vivir consigo a su nieta, con lo que la adaptación a un ambiente donde nadie le era hostil terminó por hacerse firme. Así lo sintió él, quien llegó a aceptar la idea de no abandonar jamás esta ciudad.

Con tal fin comenzó a realizar gestiones encaminadas a adquirir vivienda propia, e incluso un lugar en el cementerio que le sirviera de panteón. Debido a que su situación económica no era tan holgada como lo había sido en otras ocasiones, decidió vender algunas de sus propiedades para evitar que se viera mermado el dinero que poseía en efectivo. Y decidió, para terminar de arrancar sus raíces de «aquella tierra que amé con toda mi alma y me dio el pago de la ingratitud», vender su huerto de Calguerín, su Califato, lugar del que guardaba sus mejores recuerdos, donde había compuesto gran parte de sus mejores versos y «en donde los



Acta de la sesión ordinaria celebrada por el Ayuntamiento de Vera el 9 de mayo de 1941, en la que se acuerda nombrar Hijo Adoptivo al poeta cuevano (Archivo Municipal de Vera)

sueños de mi ilusión supo convertir en realidades la sensibilidad de mi espíritu». La venta de este huerto parecía alejarlo definitivamente de la vinculación física con el lugar de su cuna y, a pesar de la nostalgia, melancolía e, incluso resentimiento, su espíritu, inundado por la paz y la tranquilidad que de nuevo había encontrado, volvió a sentir la necesidad de plasmarse en versos, llegando a componer en Vera gran parte de los poemas de sus libros *Los Caballeros del Campo*, *Isabel* y *Místicas*.

Podría pensarse que las palabras de Sotomayor en que he basado lo que precede, al ser en parte producto del despecho por lo que él considera actitud desagradecida de su pueblo natal, sin dejar de ser un reflejo de la realidad, engrandecen más de



lo merecido el recibimiento y acogida que Vera le dispensó en una etapa difícil de su vida. Pero no se trata únicamente de sus palabras; se trata también de la opinión de sus familiares, de los naturales de Vera que recuerdan su estancia allí y de los propios vecinos de Cuevas. Queda, además el testimonio escrito del Libro de Actas del Casino de Vera y del Libro de Actas del Ayuntamiento. En ellos puede comprobarse que Sotomayor fue nombrado socio de honor del Casino, y que el concejo municipal acordó nombrarlo, y así lo hizo, hijo adoptivo de la ciudad, remitiéndole un certificado que él conservaba en un cuadro de su despacho como un valioso trofeo.

Aunque Sotomayor se lamenta de su marcha sin el consuelo de una voz amiga que le pidiera quedarse, lo cierto es que muchos paisanos suyos sintieron este hecho como una humillación que el propio pueblo se había granjeado, y algunos de ellos intentaron por todos los medios a su alcance que el poeta no llevara a término su determinación. Persona destacada en este intento, aunque no paisano del poeta, fue don José María Mesas Benavides, juez de instrucción, y también, por aquel tiempo, juez militar en Almería.

Cuando este señor venía a Cuevas hablaba a las personas más visibles de la situación desairada de los vecinos al haber permitido a su poeta marchar a vivir a otra ciudad sin la manifiesta protesta unánime de todos. Esta actitud, que terminó por convertirse casi en campaña a favor de Sotomayor, obtuvo el resultado positivo de reunir a las más destacadas personalidades de su pueblo, tanto civiles como militares, quienes se trasladaron a Vera y, tras suplicar al poeta, lograron que éste les prometiera regresar a su pueblo natal, cosa que hizo, como dejó anotado al pie de su poema «Canto a Vera», de *Campanario*, el 25 de mayo de 1941, terminando así su estancia de algo más de ocho meses en una ciudad cuya hospitalidad le hizo encontrarse en el dilema de abandonarla o permanecer definitivamente en ella.

#### EL VERATENSE JUAN CUADRADO, AMIGO Y MENTOR DEL POETA

No sería justo concluir el presente artículo sin dejar constancia de que la única causa que llevó a Sotomayor a elegir el vecino pueblo de Vera para su voluntario destierro no es la que él aduce en sus Memorias y de la que ya queda constancia más arriba.

Hay al menos otra causa importantísima que no podemos dejar en el olvido, y es la gran amistad

que lo unió a un notable veratense de su época, Juan Cuadrado Ruiz, hombre al que debe no poco la carrera literaria del poeta de Cuevas. Por ello, como colofón al presente artículo, es de justicia que deje constancia aquí de estas últimas afirmaciones.

Sin lugar a dudas el principal valor que encierra la obra de Sotomayor es el costumbrismo, es decir, ser una inapreciable fuente y almacén de datos para reconstruir las costumbres, modos de vida y, en definitiva, la cultura de los pueblos del bajo Almanzora durante la época que en ella retrata. Este mérito, que a priori se nos puede mostrar como exclusivo del poeta cuevano, es debido en gran parte a la influencia que en él ejerció su amistad con Juan Cuadrado. No he podido determinar con exactitud la fecha en que nace esta amistad, pero sí sé que ya existía con anterioridad al año 1916, en cuyo mes de diciembre fechó el poeta una composición titulada «¡¡Señor!!» e incluida en su obra *Campanario*, destinada a ser impresa en el álbum de Juan Cuadrado. Por aquellas fechas Sotomayor sólo había publicado uno de sus libros, *Mi Terrera*, en el que destacan múltiples valores, pero no es precisamente el costumbrismo el que más haya que resaltar, cosa que sí sucede en su segundo libro, *Rudezas*, para cuya publicación en 1921 fue factor decisivo la personalidad e influencia del veratense en el cuevano. El mismo poeta Álvarez de Sotomayor, veinticinco años después, lo explicaba así en sus Memorias:

«[...] Así transcurrió el tiempo hasta que alrededor del año 19 ó 20 dio en celebrarse una grata reunión a la que era invitado y que fue decisivo acicate para decidirme a editar otro libro. Tenían lugar estas reuniones en la próxima ciudad de Vera, en la preciosa finca del Real, de mi gran amigo Juan Cuadrado Ruiz [...] reuniones cada vez más asiduas y en las que, después de una espléndida comida o una exquisita merienda, era final obligada una larga recitación de mis versos.

*Yo veía que todos reían con ingenuidad de niños cuando les recitaba versos festivos y que se emocionaban fuerte y visiblemente a la recitación de las poesías de hondo dramatismo. Esto y la sinceridad con que me aconsejaban la recopilación en un libro de todas estas poesías de carácter regional me decidieron a revisarlas y ordenarlas formando con ellas un tomo al que di el nombre de Rudezas».*

En el ambiente en que se dio a conocer exitosamente la obra más importante de teatro (*La Seca*) del de Cuevas, también estaba presente la





De izquierda a derecha, Juan Cuadrado, el poeta Sotomayor, el productor de cine Sobrado de Ónega y el pintor Perceval durante el rodaje de *Pueblos de España* en 1939

figura del polifacético veratense. Así, cuando con carácter nacional, el gran trágico Enrique Borrás estrenó esta obra en Burgos, el único amigo del poeta que se desplazó a esa ciudad para ser copartícipe con él del éxito o el fracaso fue el mismo que anteriormente había influido en la publicación de *Rudezas*. De ahí que veintidós años después volviera Sotomayor a mencionarlo en sus Memorias: «*Juan Cuadrado me dio la agradable sorpresa de ir a tan lejanas tierras para presenciar el estreno, telegrafió también en igual sentido y yo hice a mis familiares henchido de ilusión y alegría...*»

Pero no queda aquí la participación de Juan Cuadrado en el ambiente en que se dio a conocer *La Seca*, sino que tuvo además la deferencia de enviar al Ayuntamiento de Cuevas un telegrama en los siguientes términos: «*Anoche presencié estreno de La Seca. Éxito tan inmenso definitivo. Pepe quedó consagrado dramaturgo primera línea. Final todos actos salió escena entre ovaciones delirantes. Terminado drama público emocionado obligó poeta recitar versos, se repitieron ovaciones de-*

*lirantes: resumen, un exitazo del poeta de Cuevas. Enhorabuena a sus paisanos y un abrazo muy fuerte de Juan Cuadrado.*

Fue también el autor de la magnífica portada con que se editó el libro, y publicó, además, en *La Esfera. Ilustración Mundial*, un retrato a la sepia en el que aparece admirablemente caracterizado Enrique Borrás en el papel de *ma Antonio*, protagonista de la obra.

Del mismo modo, el costumbrismo, principal valor literario, como ya queda dicho, de la obra de Sotomayor, debe también muchos quilates a la influencia de esta amistad. Y la mejor prueba de ello es el poema más conocido y que más se oye en nuestra región, *La faca*, poema que no hubiera nacido de no haber mediado la petición expresa de Juan Cuadrado, como él mismo manifiesta en un interesante artículo, en el que nos da pruebas sobradas de su saber arqueológico y antropológico: «*Yo, que fui siempre amante de lo tradicional y pintoresco de nuestro poco conocido país, rogué a mi gran amigo el poeta Sotomayor escribiese una poesía, una especie de "canto a la faca", que diese a*





Composición alegórica del poema «La Faca», realizada por Juan Cuadrado (Foto del autor)

*conocer y que perpetuase tan interesante costumbre, y Sotomayor, siempre amable conmigo, me enviaba a los pocos días la siguiente admirable composición, en la que describe de modo insuperable*

*y con brillante colorido y realismo la ceremonia a que hacen referencia estas cuartillas»<sup>6</sup>.*

Efectivamente, Sotomayor envió a su gran amigo el poema que, aunque en *Los Caballeros del Campo* aparece dedicado a Alberto Domingo, originalmente estaba dedicado a Juan Cuadrado, quien, enamorado de lo que la composición representaba, lo adornó con dos auténticas facas de canales y lo enmarcó para que ocupara lugar de primera línea en su estudio.

No se equivocó Sotomayor en la elección de Vera como lugar de residencia para su exilio voluntario. Todavía se le recuerda con cariño en este pueblo, y prueba de ello es la reciente denominación —año 2002— de una de sus calles con el nombre de Poeta Sotomayor por parte del Ayuntamiento, así como el emotivo y cariñoso homenaje que esta misma institución le tributó en el verano de 1980 con motivo del centenario de su nacimiento e hizo colocar una placa en la casa que había servido de domicilio al poeta. En ese mismo año sólo la inquietud cultural de un grupo de jóvenes cuevanos y cuevanas dejó constancia de amor y respeto a su poeta con la fundación de una Asociación Cultural que tomó su nombre.

Aún habrían de transcurrir diecisiete años para que su pueblo natal, regido por un Ayuntamiento socialista, le organizara por fin y con motivo del cincuentenario de su muerte, en diciembre de 1997, un merecido y completo homenaje que, de haber vivido el poeta, le habría servido para mitigar en gran parte su pena.



<sup>6</sup> De un artículo publicado por don Juan Cuadrado en la revista *Almería*, Agosto, 1945.